

JOSÉ COSANO MOYANO

Coordinador

**LOS BARRIOS DE CÓRDOBA
EN LA HISTORIA DE LA CIUDAD**

**DE LAS COLLACIONES
BAJOMEDIEVALES CRISTIANAS
A LOS BARRIOS ACTUALES**

**REAL ACADEMIA
*DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE
CÓRDOBA***

2019

LOS BARRIOS DE CÓRDOBA EN LA HISTORIA DE LA CIUDAD
Coordinador general: José Manuel Escobar Camacho

DE LAS COLLACIONES BAJOMEDIEVALES CRISTIANAS
A LOS BARRIOS ACTUALES
Coordinador: José Cosano Moyano

(Colección *T. Ramírez de Arellano VIII*)

© Portada: *El “primer plano” de Córdoba con las distintas parroquias bajo-medievales (según García, Gámiz), basado en un dibujo anónimo de la ciudad de Córdoba (1752). Archivo de la Catedral de Córdoba, Colección Vázquez Venegas, vol. 260, 1-2, p. 1a*

© De esta edición: Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba

ISBN: 978-84-121240-5-7

Dep. Legal: CO 1991-2019

Impreso en Litopress. Edicioneslitopress.com. Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

VIDA EN LOS BARRIOS CORDOBESES

VIDA EN LOS BARRIOS CORDOBESES

MANUEL GARCÍA PARODY
Académico Correspondiente

1.- CÓRDOBA EN LOS SIGLOS XIX Y XX

Para plantear cómo era la vida de los cordobeses en los siglos XIX y XX debemos contemplar primeramente cómo era la ciudad a principios de nuestra contemporaneidad, que para el caso de Córdoba se puede situar en torno a la irrupción de los franceses, y cómo ha ido evolucionando hasta finales del siglo XX.

1.1.- Córdoba en el siglo XIX

En el llamado Plano de los Franceses, elaborado en 1811 por el barón de Karwinsky y el ingeniero Joaquín Rillo a instancia del Ayuntamiento afrancesado, observamos que la planta de la ciudad no se diferenciaba mucho de su trazado medieval. Fuera de las murallas solo existían el Campo de la Verdad -ya preexistente como arrabal de la Segunda- y los barrios de los Tejares, Ollerías, Matadero y San Antón y el paseo-alameda de la Agricultura, una de las pocas huellas de la Córdoba ilustrada del XVIII. Dentro de esas murallas -que se conservaban por razones fiscales- mantenían su plano secular la Villa y la Axerquía, separadas por la muralla que se extendía desde la Puerta del Rincón a la Cruz del Rastro. Allí había unas 5.000 casas, de las que una cuarta parte estaban en condiciones deplorables, distribuidas en 482 calles laberínticas y 18 plazas, incluida la Corredera, calles y plazas que poblaban unos 40.000 habitantes. Los viajeros románticos que visitaron la antigua capital califal no

dudaron en calificarla como una ciudad “triste, beocia y sucia”, lo que nos da una idea de cómo tenía que ser la vida de sus moradores.

El ayuntamiento afrancesado -y no tanto los franceses como impropia-mente se dice- intentó algunas reformas para mejorar el aspecto y la vida de la ciudad como la creación de los primeros cementerios extramuros, la ampliación del paseo de la Victoria y hasta un proyecto de navegabilidad del Guadalquivir. Pese a esos buenos propósitos la fisonomía cordobesa apenas se trastocó hasta mediados de siglo, excepto los cambios producidos por las desamortizaciones eclesiásticas que borraron del mapa los amplios espacios propiedad de las órdenes y congregaciones religiosas. Algunos conventos pasaron a ser centros de beneficencia, dependencias militares o edificios administrativos; otros se derribaron para crear paseos urbanos, como los conventos de San Martín -Gran Capitán-, Santa María de la Victoria -la Victoria- o las Dueñas; los más extensos se convirtieron en nuevos barrios para los cordobeses, como los conventos de San Pedro el Real o San Agustín, y no faltaron cenobios que fueron adquiridos por aristócratas locales para levantar sobre ellos sus residencias.

En 1859 se produjo un hecho que cambiará por completo la trama de Córdoba: la llegada del ferrocarril que permitió situarla en un estratégico cruce de caminos de las comunicaciones ferroviarias y sede de dos estaciones, la de las Compañías MZA y Ferrocarriles Andaluces. Este hecho se produjo poco después de la supresión de los Derechos de Puertas y Consumos por parte del Gobierno de Espartero en el llamado Bienio Progresista (1854-1856) y permitió el derribo de las murallas que solo se mantenían por razones fiscales ya que en sus puertas se cobraban los derechos eliminados. La Puerta del Rincón fue la primera en ser abatida en 1852 y la última, la de Osario en 1905. Solo se mantuvieron la de Almodóvar y la Puerta del Puente. Los lienzos amurallados también desaparecieron o acabaron engullidos en las edificaciones de empezaron a levantarse en sus cercanías. Gracias a ello se construyeron las primeras rondas junto al eterno murallón del río y se diseñaron ensanches más allá de las murallas, inicialmente para acercar la ciudad a las estaciones de ferrocarril, y alineamientos interiores: eje Gondomar-Concepción, calles Paraíso, Góngora, Liceo, Morería y Letrados, plaza de las Tendillas y ampliación de Claudio Marcelo.

1.2.- Córdoba en el siglo XX

En el primer tercio del siglo XX comienza una tímida industrialización en la periferia de la ciudad, con fábricas como la SUPE, Electromecánicas, industrias alimenticias y algunas fundiciones y fábricas de materiales de construcción, que posibilitó, además de los cambios sociales que implicaban una incipiente burguesía y el proletariado industrial, el nacimiento de barrios periféricos, sobre todo en el norte de la ciudad, siempre con la dificultad que suponía salvar el trazado de las vías del ferrocarril. Fue también el momento de los proyectos de ensanches, como el frustrado de la Ciudad Jardín promovido por el indiano Diego Serrano y el arquitecto Francisco Azorín, que pretendía unas viviendas dignas para las clases trabajadoras, y varios proyectos de transformación que aparecieron a principios de los años veinte y que tuvieron como principal redactor al mismo arquitecto.

La finalización de las obras de la calle Claudio Marcelo -la “calle Nueva” de los cordobeses-, la apertura de la calle José Cruz Conde y el derribo del Hotel Suizo en la plaza de las Tendillas, realizados en plena etapa expansiva de la Dictadura de Primo de Rivera, cambiaron buena parte del aspecto pueblerino del centro de la ciudad, con excelentes obras de Félix Hernández, Ramón Aníbal Álvarez, Benjamín Gutiérrez Prieto, Enrique Tienda, Aníbal González y Aurelio Gómez Millán, dentro del Plan de Mejora y Embellecimiento de la Ciudad del alcalde Cruz Conde, a costa eso sí de generar un fuerte déficit en las arcas municipales que en vísperas de la Guerra Civil ascendía a 14 millones de pesetas.

Es en la segunda mitad del siglo XX, superada la tragedia de la contienda fratricida, cuando se generaliza la expansión de Córdoba más allá de los dogales que la constreñían: el río y el ferrocarril. Primero fue la iniciativa de la Asociación Benéfica de la Sagrada Familia, del obispo Fray Albino, que propició desde 1947 la creación de las barriadas que llevan el nombre del prelado y de quien cedió parte de sus terrenos, el rejoneador Antonio Cañero. Poco después, en 1955, la iniciativa estatal impulsó el nacimiento del Sector Sur. Por fin, en 1958, bajo el mandato de Antonio Cruz Conde se aprobó el primer Plan General de Ordenación Urbana de Córdoba que preveía el diseño de una ciudad que debería crecer hasta los 350.000 habitantes. Dicho plan estableció la configuración de tres centros urbanos -el municipal, el estatal y el religioso-, la creación de un cinturón verde por las antiguas rondas y reformas interiores para

resolver los problemas del tráfico, entre las que destacaba un traslado del ferrocarril más al norte y la creación de un eje este-oeste sobre las antiguas vías para paliar las dificultades que se derivaban de ser Córdoba el principal centro de las comunicaciones por carretera de Andalucía.

El PGOU de 1958 fijó la configuración definitiva de los barrios de Córdoba. Además de los interiores, basados en las antiguas collaciones medievales, se delimitaron las nuevas barriadas: Polígono de Levante, Fátima, Fuensanta, Sector Sur, Parque Cruz Conde, Vista Alegre, Poniente, Parque Figueroa, Valdeolleros, Santa Rosa, Camping, Huerta de la Reina, etc. Este plan estuvo vigente, con las modificaciones parciales que se introdujeron, hasta el nuevo PGOU de 1986 que planteaba el diseño de una ciudad que calculaba alcanzar los 400.000 habitantes en el cambio de siglo.

1.3.- Evolución de la población cordobesa

En estos barrios de Córdoba vivió una población que a principios de 1800 rondaba los 40.000 habitantes, una cifra similar a la de siglos anteriores aunque muy lejana de los supuestos quinientos mil o más de la época califal. Los censos existentes son poco fiables hasta 1857, fecha del primer Censo General de la Población de España realizado por la Comisión Estadística General. Antes de ese año tenemos la cifra de 47.000 habitantes ofrecida por Ramírez de las Casas Deza, los 45.216 el del Nomenclátor de 1841 y los 41.976 señalados por Pascual Madoz.

La evolución de la población desde ese primer censo de 1857 ha sido la siguiente:

Año	Población
1857	42.909
1887	55.614
1900	58.275
1920	73.710
1930	103.106
1940	143.296
1950	165.403

Año	Población
1960	198.148
1970	235.632
1981	284.737
1991	302.301
2001	328.659
2018	325.708

Estas cifras nos indican, a grandes rasgos, un escaso crecimiento de la población en el siglo XIX motivado por epidemias – cólera (1834, 1853-56, 1859-60, 1885), fiebre amarilla (1804) y viruela (1861, 1871)-, las pésimas condiciones higiénicas de la ciudad, la carencia de prestaciones sanitarias y las hambrunas (1834-1837) y crisis de subsistencias (1857-1868). En el primer tercio del siglo XX el crecimiento es constante pese a epidemias -gripe de 1918-1919-, la persistencia de crisis de subsistencias -sobre todo las de 1905 y 1916- y la escasa mejora en la higiene, salubridad y atenciones sanitarias. Superada la guerra civil, cuyas secuelas demográficas fueron evidentes, a partir de los años cincuenta del siglo XX el crecimiento de la población es imparable, a lo que no fue ajena la emigración del campo a la ciudad

2.- LA VIDA EN LOS BARRIOS CORDOBESES: LA INTRAHISTORIA DE LA CIUDAD

¿Cómo fue la vida en los barrios cordobeses en los siglos XIX y XX? La respuesta a esta interrogante hace que nos adentremos en el terreno de lo que Unamuno llamó la “intrahistoria” y que la RAE define como “la vida tradicional que sirve de fondo a la historia cambiante y visible”. El mismo autor del término señalaba que la Historia era aquello que ocurría y aparecía en los titulares de prensa, frente a la intrahistoria que significaba todo lo que ocurría y no se publicaba en los periódicos o había que ir a sus páginas más recónditas para encontrarlo.

Nosotros vamos a partir de esta concepción unamuniana de la intrahistoria, más que a la más reciente concepción de la misma como la que desarrolla el grupo de investigación “Intrahistoria y oralidad” de la Universidad de Cádiz, bajo la dirección de la profesora María Dolores Pérez

Murillo, y que plantea la historia de los colectivos más marginados como complemento a lo que se incluye en las historiografías más oficiales. En esta línea plantearemos en primer lugar cómo vivieron los cordobeses de los siglos XIX y XX los acontecimientos de esa gran historia que ocupaba los primeros titulares de los periódicos, así como la presencia en la ciudad de los principales protagonistas de esa historia. En segundo lugar esbozaremos cómo era esa vida cotidiana, es decir, la de las pequeñas noticias pero que fueron grandes en el contexto local: los ciclos festivos que tanta variedad representaban en sus barrios; los espectáculos que rompían la monotonía y la planicie de la vida ciudadana; las desgracias que alteraban la placidez del día a día y conmocionaban a toda la sociedad; y en último lugar, glosaremos una serie de acontecimientos locales que tuvieron un notable impacto en la vida ciudadana y que por unos días, o incluso por unas solas horas, merecieron titulares de honor en los medios de comunicación.

2.1.- Los grandes acontecimientos nacionales vividos desde los barrios de Córdoba

Córdoba, la ciudad que fuera uno de los centros neurálgicos de la Hispania romana y visigoda, cabeza de los emiratos y califatos andalusíes capaz de competir con Damasco, Bagdad y Constantinopla, frontera del reino de Castilla desde 1236 y corte temporal de los Reyes Católicos cuando se culminaba la conquista del reino de Granada y se sentaban las bases para los inminentes viajes colombinos, comenzó a perder su importancia como escenario de grandes acontecimientos de la historia de España a partir del siglo XVI. Solamente salió de esa atonía en 1570 cuando Felipe II la visitó para estar cerca del conflicto de las Alpujarras, lo que permitió que por segunda vez en su historia la ciudad acogiera la reunión de las Cortes de Castilla. Pero, dominada la rebelión de los moriscos granadinos, Córdoba perdió el papel que en otros tiempos la mantuvo en primera línea de la política española, quedando como único recuerdo de ella su derecho a tener presencia en las Cortes de Castilla, una institución que, por otra parte, había perdido buena de su influencia con la consolidación de las Monarquías autoritarias bajo los Habsburgo y Borbones. Una prueba de todo ello está en el anquilosamiento de su población, su falta de dinamismo económico y el haber quedado fuera de la vinculación castellana con América y el comercio atlántico, pese a su cercanía con

Sevilla y por el proyecto fallido de hacer navegable el Guadalquivir hasta su puente romano. Tampoco fue capaz de aprovecharse de aquel excelente programa de reformas que fue la repoblación de Andalucía con la creación en sus cercanías de las Nuevas Poblaciones, entre otras cosas porque ese propósito de los ministros ilustrados de Carlos III apenas prosperó.

En los siglos XIX y XX Córdoba ha permanecido siempre en un segundo plano de los grandes acontecimientos de la Historia de España. En unas décadas en las que todo iba cambiando, la vieja oligarquía señorial cordobesa, heredera de quienes recibieron las tierras tras la conquista castellana de 1236, y la nueva burguesía enriquecida con las desamortizaciones, apenas hicieron nada por mejorar la vida de la ciudad y su entorno por no mostrar interés en capitalizar en inversiones productivas los rendimientos del campo. Piénsese que las pocas empresas industriales cordobesas estaban capitalizadas desde el extranjero –Sociedad Minero Metalúrgica de Peñarroya– o por empresarios ajenos a la ciudad: la SUPE fue fundada en 1900 por un ingeniero militar almeriense, Federico Moleiro y Levenfelt, la Electromecánica se constituyó con capital francés y del Banco Urquijo en 1917, y la principal industria agroalimentaria, Carbonell, fue obra de los alicantinos Manuel y Carlos Carbonell.

La élite política cordobesa, por su parte, siempre se preocupó más de su proyección nacional que de conseguir mejoras en su tierra. Y eso que no faltaron políticos cordobeses en altas instancias del Estado: en el reinado constitucional de Alfonso XIII destacaron Antonio Barroso Castillo, el eterno diputado liberal y ministro en varias ocasiones, y José Sánchez Guerra, conservador, presidente del Consejo de Ministros y ministro de Fomento, Gobernación y Guerra. En la Dictadura de Primo de Rivera, José Cruz Conde fue uno de sus hombres de confianza. En 1934, bajo la Segunda República, fueron cordobeses, en este caso de la provincia, el presidente Niceto Alcalá-Zamora, el presidente del Consejo Alejandro Lerroux y el ministro de la Gobernación Eloy Vaquero. Y durante el franquismo, uno de sus ministros más activos, José Solís Ruiz, era egarense.

Esta atonía de la ciudad, de esa Feria de los Discretos barojiana, no impidió que se vivieran en ella acontecimientos importantes. Resaltemos algunos de ellos:

La Guerra de la Independencia, que en Córdoba tuvo un especial significado, en tres momentos.

El primero fue el verano de 1808 cuando se produjo la primera presencia de los soldados franceses en la ciudad. El 7 de junio las tropas de la Junta Provincial de Defensa, dirigidas por el general Echávarri, fueron derrotadas por las del francés Dupont en Alcolea. Acto seguido las fuerzas napoleónicas entraron a cañonazos por Puerta Nueva, momento que aprovechó el juez de paz Pedro Moreno para disparar, sin éxito, sobre el general francés. La respuesta de sus soldados fue implacable y a lo largo de unos cuantos días se dedicaron al pillaje y a cometer toda clase de barbaries en la ciudad. Saciada esta sed de venganzas el propio Dupont ordenó que finalizaran los saqueos diciendo que *“el soldado francés, por su carácter nacional es siempre humano y generoso”*. Córdoba quedó en manos de las fuerzas ocupantes que dejaron un halo de terror incrementado aún más por la propaganda de los sectores más ultramontanos -especialmente el clero- que veía en el modelo que Napoleón pretendía imponer el fin de un Antiguo Régimen que se fundamentaba en sus seculares privilegios.

El segundo hecho de importancia fue la especial relación que tuvo Córdoba con la batalla de Bailén, ocurrida el 19 de julio, que supuso la primera gran derrota de las fuerzas napoleónicas. Tras la ocupación de casi toda España por los soldados franceses y la vergonzosa retirada de los reyes Carlos IV y Fernando VII que entregaron el país al ya emperador de Francia, se constituyó una Junta Central Suprema que improvisó un ejército, al mando del general Castaños, para hacer frente a los invasores. Dupont abandonó Córdoba el 16 de julio y se situó en Bailén para impedir el paso hacia la Meseta de las tropas españolas. Pero allí sufrió una inesperada derrota que supuso la retirada francesa y la huida del rey José I, monarca español tras la abdicación de los Borbones en Bayona unos meses antes. Córdoba, lugar desde donde partieron las fuerzas reclutadas por la Junta Central Suprema, acogió con júbilo su victoria y el fin de la pesadilla de la ocupación francesa.

Año y medio después, tras haber intervenido personalmente Napoleón en España y repuesto José I en su trono, el monarca emprendió un largo viaje hacia el sur para consolidar su dominio, viaje en el que estuvo acompañado por las fuerzas de ocupación francesas. El 23 de enero de 1810 se aproximaron a Córdoba las tropas de la Tercera División de In-

fantería del Primer Cuerpo del Ejército Imperial mandadas por el mariscal Claude-Victor Perrin. No consta acta de capitulación de la ciudad pero sí algunas conversaciones entre los militares y la autoridades cordobesas. Tres días después entró triunfalmente en Córdoba José I al que juraron fidelidad los diferentes colectivos civiles, militares y religiosos de la capital. A partir de entonces y hasta la retirada de los franceses (1813) la ciudad recibió la impronta de los afrancesados, siempre bajo la tutela de las fuerzas ocupantes, con una serie de proyectos que pretendieron cambiar para mejor la vida ciudadana, de modo que esta segunda etapa de la presencia francesa en Córdoba fue completamente distinta a la primera. Los llamados afrancesados pretendieron subvertir la secular situación de atraso y aportar un signo de modernidad y de progreso en general con unas ideas que representaban una ilusionante oportunidad de cambio, aunque la mayoría del pueblo jamás las entendió. Entre estos afrancesados había clérigos como el chantre Juan Antonio de Castro, el doctoral Diego Gordoá, el penitenciario Manuel María de Ajona, el presbítero Sebastián Ramírez Blanco, catedrático de Artes y Lugares Teológicos en el Colegio de San Pelagio, el capellán perpetuo Mateos Palacios e incluso el controvertido obispo de Córdoba Pedro Antonio de Trevilla. Además, se encuentran entre ellos reconocidas personalidades de la nobleza como el marqués de Guardia Real, del entorno castrense, como los tenientes coroneles retirados José Muñoz Velasco y Lorenzo Basabré, los regidores municipales, caballeros veinticuatro Rafael Tena, Rodrigo de Mesa y José Setién y sobre todo los corregidores Agustín Guaxardo Fajardo (1803-1810), Mariano Fuentes Cruz (1810), Domingo Badia (1811) y Manuel Becerril (1811-1812). La huella de estos afrancesados fue extraordinaria y pretendió cambiar por completo la vida ciudadana. Estos fueron sus principales proyectos:

- La creación del Cementerio de la Salud extramuros de la ciudad en 1811 así como el proyecto de ejecución de los cementerios de San Cayetano y San Sebastián.
- La creación de los jardines de Agricultura.
- La ejecución de un plano topográfico de Córdoba.
- El proyecto de navegabilidad del río Guadalquivir.
- Los trabajos de fortificación de las murallas periurbanas.
- La fundación de la Real Academia de Córdoba.

- La publicación de prensa comprometida con los ideales ilustrados.
- El impulso de la Real Sociedad de Amigos del País de Córdoba.
- El desarrollo de políticas municipales de higiene y salubridad tanto en viviendas, como vías públicas.
- La implantación del servicio de basuras y de un incipiente alumbrado de la ciudad.¹

La *llegada de los carlistas* en 1836 supuso otro acontecimiento de nivel nacional que se vivió intensamente en Córdoba. Es cierto que la primera guerra carlista tuvo como principal escenario las provincias vascongadas y Navarra, pero en 1836 un contingente militar carlista a las órdenes del general Gómez protagonizó una espectacular marcha desde las provincias norteñas hasta Andalucía y Extremadura, estando a punto incluso de entrar en Madrid. Las tropas carlistas llegaron a Córdoba en septiembre de 1836 y, como ocurriera en 1808, alguien disparó sobre quien las mandaba, el brigadier Villalobos, al pasar ante la Posada de la Herradura. Pese a que se le atendió en el cercano Hospital de la Caridad, Villalobos murió y sus soldados atacaron la pensión quemándola y muriendo abrasados sus moradores. Los carlistas se hicieron dueños de la ciudad en pocas horas e impusieron una política de terror que a muchos recordó a los hechos acaecidos en 1808. El 13 de octubre las tropas del general Gómez abandonaron Córdoba camino de Extremadura llevándose un buen número de rehenes, algunos de los cuales fueron fusilados. Así acabó la segunda pesadilla sufrida por la ciudad en las primeras décadas del siglo XX.²

En 1868 la ciudad conoció muy de cerca otro acontecimiento capital de la historia de España: la *batalla de Alcolea*. El 22 de septiembre llegó a Córdoba el ejército de que obedecía a quienes se habían sublevado en Cádiz cinco días antes. Lo mandaba el general Serrano que, tras posicionarse en la capital, tomó el cercano puente de Alcolea donde derrotó a las

¹ ORTI BELMONTE, Miguel Ángel (1930): *Córdoba durante la guerra de la Independencia (1808-1813)*. Córdoba.

² DE BORJA PAVÓN, Francisco: "Córdoba en 1836: apuntes y recuerdos". *Diario de Córdoba*, 29 de septiembre de 1836.

fuerzas isabelinas mandadas por el marqués de Novaliches. Aunque la propaganda de la época presentó el episodio de Alcolea como un combate épico lo cierto es que fue más un “encuentro” que una batalla. Inmediatamente se sintieron los ecos de aquella victoria de los enemigos de Isabel II y el regocijo se adueñó de las calles de Córdoba en cuya plaza de la Corredera el general Serrano arengó al pueblo. Esta vez la ciudad había sido protagonista próximo de uno de los episodios más decisivos de la agitada historia del siglo XIX español.³

El *desastre de 1898* se sintió también en la vida cordobesa. Llama la atención el hecho de que, pese a la gravedad del conflicto que está manteniendo España en las lejanas colonias del Caribe y Filipinas, apenas hay referencia a estos hechos en las instituciones cordobesas. En la prensa solo se puede leer aquello que la censura permitía escribir.⁴ Pero sí que se aprecia en ella la repercusión de una guerra que ha ido inflamando el ardor patriótico en algunos, aunque ese patriotismo solo se hacía realidad en fiestas y homenaje a nuestros soldados, colectas para los heridos y mucha exaltación de los símbolos patrios, como la bandera o ese himno oficioso que representaba por entonces la marcha de Cádiz de Chueca y Valverde. Leer la prensa de aquellos dramáticos días de las derrotas de Cavite y Santiago de Cuba (1 de mayo y 3 de julio de 1898) es contemplar la terrible dualidad de unas llamadas “fiestas patrióticas” en los salones del Círculo de la Amistad, con tremolar de banderas, marchas militares y gritos de viva España, y los anuncios por palabras que aparecen en las páginas finales en los que se oferta el pago de pólizas de seguros para librar de ir a la guerra a aquellos que pudieran pagarlas, que eran los mismos que se sentían muy patriotas en las fiestas que antes se describían. Córdoba vivía, pues, en sus calles, en sus barrios la realidad de aquella España sin pulso que describiera Silvela, o mejor, de aquella otra España que mencionó Antonio Machado: “*En España lo mejor es el pueblo. Siempre ha sido lo mismo. En los trances duros los señoritos invo-*

³ LEIVA AGUILAR, Francisco (1879): *La batalla de Alcolea o Memorias íntimas, políticas y militares de la Revolución Española de 1868*. Córdoba.

⁴ SÁNCHEZ DE MIGUEL, Ana (1998): *Córdoba 1898. Generación e Historia*. Córdoba.

can a la patria y la venden. El pueblo no la nombra siquiera pero la compra con su sangre".⁵

La *guerra civil* fue el acontecimiento más decisivo del siglo XX en España y, aparte de sus efectos en los planos militar y político, tuvo una incidencia especial en la vida cotidiana. En Córdoba, donde triunfó el golpe militar a últimas horas de la tarde del 18 de julio de 1936, no hubo guerra, salvo algunos bombardeos de la aviación gubernamental y el intento de asedio y toma de la ciudad por parte de las columnas republicanas del general Miaja, que no prosperó. En cambio, el periodo iniciado en julio de 1936 y prolongado en los primeros años de la posguerra se caracterizó por una brutal represión de la que fueron víctimas más de cuatro mil cordobeses. Este hecho planeó como una sombra siniestra sobre la vida cotidiana cordobesa, además de las nuevas formas de vida impuestas por quienes golpearon contra la legalidad republicana y que supusieron afianzar el más intenso nacionalcatolicismo, la eliminación de todo lo que representó la República y una manera singular de entender España. Las consecuencias de la guerra y los nuevos modelos de vida impuestos por el franquismo se prolongaron en escala decreciente hasta el inicio de la transición hacia la democracia y fueron enterrados con ella.⁶

Además de la guerra de la Independencia, la presencia de los carlistas, la batalla de Alcolea, las repercusiones del desastre de 1898 y la guerra civil, los demás acontecimientos nacionales apenas se hicieron sentir en Córdoba, una ciudad en la que la vida cotidiana transcurría con pocos sobresaltos. Lo mismo se puede decir de los producidos más allá de nuestras fronteras que, por el aislamiento que experimentó España en su contemporaneidad, apenas incidieron en la vida nacional. En el caso de Córdoba solo cabe reseñar tres hechos transnacionales que tuvieron una mínima repercusión en su vida ciudadana: la finalización de la Primera Guerra Mundial, la presencia de la España franquista en la Segunda y la repercusión de la primavera renovadora de la Iglesia que fue el Concilio Vaticano II.

⁵ MACHADO, Antonio (1938): "Carta a David Vigoski". *Hora de España*. Abril, 1938.

⁶ MORENO GÓMEZ, Francisco (2008): *1936: el genocidio franquista en Córdoba*. Barcelona.

La neutralidad española en la Gran Guerra hizo que se viviera en la distancia los sangrientos combates que se desarrollaron sobre todo en Europa. Todo lo más que recoge la prensa local son las disputas entre aliadófilos y germanófilos en las tertulias de café y que apenas trascendían a la vida cotidiana. En cambio, el final de la contienda pudo celebrarse en Córdoba por parte de su reducida colonia extranjera y un grupo de liberales encabezados por Manuel Tienda Argote. Fue un banquete en el Hotel de España y Francia a cuyo término intervino el cónsul francés, Armande Dufour, que exaltó el papel de su patria como “bendita y salvadora del mundo”, antes de que los asistentes cantaran emocionados La Marsellesa.⁷

También era vista desde muy lejos la segunda conflagración mundial, siempre narrada desde el punto de vista germano por las excelentes relaciones de la España franquista con el nazismo. Pero cuando Franco envió al frente ruso a la División Azul, la guerra se sintió más próxima. En el caso de Córdoba la prensa se hizo eco en 1942 de la presencia de cordobeses en las tropas que fueron hasta los lejanos frentes de Leningrado y Novgorod para combatir a esa Rusia culpable de todos los males de España, como clamara el todopoderoso ministro de Franco Ramón Serrano Súñer para galvanizar el ánimo de los voluntarios de la División. Entre estos cordobeses se mencionaron a Vicente Urbano, que no llegó a ir al frente por una enfermedad, a Rafael Padilla, mocetón del Campo de la Verdad y a un tal Matadiez que por sus acciones en el combate cuerpo a cuerpo recibió la condecoración de la Cruz de Hierro.⁸

Finalmente, la renovación que empezó a experimentar la Iglesia católica en el Concilio Vaticano II, con sus propósitos de “aggiornamiento”, alteró los comportamientos religiosos vigentes en el nacionalcatolicismo español y la Iglesia, antes solo vinculada con las élites y la oficialidad de la Dictadura, se hizo más cercana a los fieles. Unos símbolos de esa nueva iglesia cordobesa pueden considerarse que el principal centro cultural abiertamente antifranquista de la ciudad tomara el nombre del papa Juan XXIII y que en 1971 accediera al obispado monseñor Cirarda Lachiondo,

⁷ GARCÍA PARODY, Manuel (2015): *El siglo XX en Córdoba a través de sus noticias*. Sevilla, pp. 75-78.

⁸ *Ibidem*, pp. 166-170.

uno de los prelados más identificados con la línea de renovación y modernidad que significaba el Vaticano II.

2.2.- Los ciclos festivos de Córdoba

A lo largo del año se sucedían -y aún se suceden- una serie de festividades con un alto arraigo popular y que han marcado el devenir de la vida cotidiana de los cordobeses, festividades que se han ido acomodando a las singularidades de cada tiempo.

El Carnaval

Después de las celebraciones de la Navidad, Año Nuevo y Reyes, que cabalgan entre el final y principio de año, el Carnaval era el primer gran acontecimiento festivo de la ciudad. Se trataba de una celebración, cuyo origen se hallaba en antiguas fiestas paganas, en la que se exaltaba la sensualidad y el libertinaje frente a la austeridad que debía configurar la inminente Cuaresma. Un rasgo determinante de ella era la crítica y la burla del orden establecido algo que solo en los días previos al Miércoles de Ceniza aceptaba la autoridad con bastante reticencia. Los días carnavalescos la gente salía a la calle disfrazada y cantando canciones burlescas, especialmente en la zona de la Corredera y los barrios de San Agustín y San Rafael. Había otro Carnaval, menos bullanguero y menos crítico, que se desarrollaba en los bailes de los salones aristocráticos o en el Círculo de la Amistad.⁹

Hay constancia de los primeros encuentros de las comparsas o murgas carnavalescas en 1822 y que en 1851 se autorizaron máscaras y embozos que tres años después fueron regulados por un Bando para evitar que los participantes en la fiesta no molestasen al público.¹⁰

⁹ MONTIS, Ricardo de (1917). “Los cafés de Córdoba” en *Notas Cordobesas*, Tomo III. Córdoba. *En noches de Carnaval, cuando los aficionados a las fiestas del Momo salían de los bailes del Círculo de la Amistad y el Casino Industrial, una multitud abigarrada invadía el café Suizo para poner digno remate a la carnavalesca diversión con una opípara cena.*

¹⁰ PADILLA GONZÁLEZ, Jesús (2019): “La institucionalización del Carnaval en Córdoba (1812-1854)”, en *Revista Arte, Arqueología e Historia*, 25. Córdoba.

Las fiestas del Carnaval se mantuvieron hasta ser prohibidas en 1937 dentro de las nuevas normas de vida impuestas por el nacionalcatolicismo. Sin embargo la costumbre persistió en lugares cerrados y paulatinamente empezaron a verse máscaras y murgas en los barrios donde por tradición más se había desarrollado el Carnaval: San Juan de Letrán, Corredera, San Agustín o calle Montero. Pero rápidamente intervenían las fuerzas del orden para evitar que hiciera patente la exaltación al libre pensamiento, a la crítica pública y al sexo. Y es que un gobernador civil de antaño tildó al Carnaval como algo de “maricones, rojos y gitanos”. Solo la llegada de la democracia permitió que la fiesta recuperara su antigua presencia en los barrios cordobeses llenándolos de pasacalles y cabalgatas y que desde 1983 los coros y chirigotas compitieran en el Primer concurso de Agrupaciones Carnavalescas.

La Semana Santa

Una de las fiestas de mayor arraigo popular es la Semana Santa. Aunque sus orígenes son muy remotos y hasta paganos¹¹ hay constancias de la celebración de la pasión de Cristo mediante procesiones desde la Edad Media. Pero es en la época de la Contrarreforma y del Barroco –siglos XVI y XVII– cuando se generalizaron y fundaron numerosas hermandades penitenciales como, en el caso de Córdoba, las de la Virgen de las Angustias y la de los Dolores. Estas agrupaciones se fueron constituyendo en diferentes barrios o collaciones de la ciudad, lo que les daba un fuerte arraigo popular.

Mientras que en otras ciudades, como Sevilla, la celebración de la Semana Santa se desarrolló de manera ininterrumpida a lo largo de los siglos, en Córdoba desapareció a principios del siglo XIX. Fue un obispo vascongado e ilustrado, Pedro Antonio Trevilla, quien suprimió las procesiones en mayo de 1821 amparándose en una Carta Orden del Real y Supremo Consejo de Castilla del año anterior que pretendía evitar escándalos en estas manifestaciones. De acuerdo con la disposición episcopal los desfiles procesionales quedaron limitados a un Santo Entierro que partiría de la iglesia de San Salvador y Santo Domingo de Silos al que se podían

¹¹ BLANCO FERREIRO, Antonio (1985): “Mitología de las procesiones. Antecedentes paganos de las procesiones cristianas” en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 182, 1, pp. 3-53.

incorporar los pasos de la Oración en el Huerto, Jesús atado a la Columna, el Nazareno, el Caído, el Crucificado y, tras el Santo Sepulcro, las Vírgenes de las Angustias y de la Soledad. El párroco de dicha iglesia organizaría el cortejo al que asistirían las autoridades civiles, militares y religiosas. De acuerdo con la orden del prelado cordobés quedaba prohibida cualquier manifestación de lujo, la presencia de imágenes bíblicas y alegóricas y solo se permitía el canto del Miserere para acompañar la procesión que, tras dirigirse a la Catedral, regresaría a su templo de partida.¹²

Las disposiciones del obispo Trevilla limaron el carácter popular que habían tenido las cofradías hasta el punto de que algunos años incluso dejó de procesionar el Santo Entierro. En 1849 fue el Ayuntamiento quien se encargó de organizarlo pero con escaso éxito, hasta el punto de constatarse que en bastantes años ni siquiera llegó a desfilar el Santo Entierro oficial como ocurrió en las azarosas fechas del Sexenio Democrático de 1868 a 1874.

Las directrices del obispo Trevilla siguieron vigente en todo el siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX aunque, poco a poco, se incorporaron a la procesión oficial nuevas imágenes como el popular Cristo del Esparraguero. Es a partir de 1936 cuando se empezó a recuperar la celebración de desfiles procesionales durante toda la semana con nuevas cofradías surgidas al amparo del nacionalcatolicismo y que en algunos casos eran recreación de algunas preexistentes. La Semana Santa fue recuperando su espacio en el calendario festivo cordobés y, por la nunca perdida vinculación de las cofradías con sus barrios de origen, los desfiles penitenciales se convirtieron en una oportunidad para que las antiguas collaciones mostrasen sus señas de identidad más allá de sus límites.

Hasta principios de los años setenta del pasado siglo la Semana Santa Cordobesa se caracterizaba por su austeridad frente al esplendor de Sevilla o Málaga. Fue a partir de entonces cuando, a la par que creció el número de cofradías, se buscó imitar el modelo sevillano y a utilizar a hermanos nazarenos como costaleros, lo que dio a la Semana Santa cordobesa una mayor espectacularidad que hizo llenar las calles y plazas de un público cada vez más numeroso por donde transcurrían los desfiles, especialmente los lugares más bellos o difíciles de transitar. Cambió su

¹² ARANDA DONCEL, Juan y VILLAR MOVELLÁN, Alberto, dir. (1998-2000): *La Pasión de Córdoba* (Vol. I) (1998-2000). Sevilla, pp. 63 y ss.

aspecto externo, pero la Semana Santa nunca dejó de perder ese carácter de fiesta de toda la ciudad en la que sus antiguas collaciones y los nuevos barrios se hacían presente en toda su geografía urbana cuando imágenes sagradas, nazarenos y acompañantes desfilaban rumbo a la Carrera Oficial y en el regreso a sus templos.¹³

Aparte de estas vicisitudes, la Semana Santa cordobesa tuvo la particularidad de colocar altares provisionales en diferentes puntos de la ciudad, costumbre que fue cayendo en desuso y que hoy se pretende recuperar. He aquí lo que decía uno de los mejores observadores de la vida cordobesa del siglo XIX y principios del XX, el periodista Ricardo de Montis: “*El Jueves Santo no había calle en que, a través de la ventana, no se ofreciera a la contemplación del público un improvisado oratorio lleno de encanto y poesía, dedicado a conmemorar el drama sublime la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo*”.¹⁴

Las fiestas populares de la primavera

Transcurrido el rigor de la Semana Santa, Córdoba se dispone a celebrar lo más intenso de su calendario festivo en los meses de abril y mayo. Es entonces cuando la vida cotidiana rompe su habitual monotonía y los barrios de Córdoba y sus gentes se lanzan a un continuo festejo que se suele iniciar con dos grandes *romerías*: la de Santo Domingo y la de la Virgen de Linares. Sus escenarios están fuera del perímetro urbano de la ciudad y a ellos acuden todos los años cientos de caballistas, carrozas y gentes de toda clase para conmemorar el Viacrucis de San Álvaro de Córdoba en el santuario dominicano de Scala Coeli y rezar a una Virgen aparecida a San Fernando cuando se aprestaba a conquistar la ciudad en 1236 y que por ello le llaman también la Capitana. Como siempre hay que remontarse a épocas muy pretéritas para hallar el origen de estas manifestaciones que desde mediados del siglo XX llenan de colorido las calles por las que transcurren los romeros. El tradicional perol, la presencia de las peñas y las canciones de Ramón Medina constituyen el complemento a esta singular forma de entender la vida cotidiana de la gente de Córdoba que son sus *romerías*.

¹³ VARO PINEDA, Antonio (1994): *Breve guía de la Semana Santa*. Córdoba, pp. 33 y ss.

¹⁴ MONTIS, Ricardo de: *Op. cit.*

A principios del mes de mayo numerosos rincones de la ciudad se llenan de cruces adornadas de flores, a veces hasta trescientas docenas de claveles, con adornos de macetas y otros elementos. Como otras fiestas la *Cruz de Mayo* tiene su origen en celebraciones paganas para mostrar la alegría por la llegada de la primavera o en piadosas tradiciones como el descubrimiento de la cruz de Cristo por Santa Elena, que la iglesia conmemora el 3 de mayo. Este plantar cruces tuvo cierto auge en los siglos XVIII y XIX en diversos lugares de España pero con el tiempo se fue olvidando. En Córdoba la fiesta de la Cruz de Mayo fue recuperada en 1953 por el alcalde Antonio Cruz-Conde que impulsó su primer concurso y se ha mantenido hasta nuestros días. Es verdad que en las últimas décadas la fiesta de la Cruz de Mayo, en la que participan cofradías, peñas y diversos colectivos, se ha convertido en una celebración ruidosa en la que la cruz es una excusa para convertirla en un “*botellón ruidoso y lamentable, por mucho que tenga el nihil obstat*”, como manifiesta Rafael Mir Jordano.¹⁵ Pero no es menos cierto que más allá de su aire bullanguero constituye una manera singular de entender la vida de los barrios y de romper la monotonía cotidiana.

Apenas marchitada la hermosura de las flores de la cruz, otro universo floral se abre para los cordobeses y los miles de visitantes que acuden ante la llamada de sus fiestas primaverales. Se trata de la apertura de los *patios de Córdoba* para goce y disfrute de quienes deseen admirar los prodigios de luz y color que encierran. Son los patios de los barrios de San Basilio, Santa Marina, San Agustín y San Lorenzo los que mejor muestran la singular forma de vida que se desarrollaba en ellos, con sus paredes llenas de macetas y el agua de sus pozos y sus fuentes para alimentarlas. Desde 1933 existe la Fiesta de los Patios Cordobeses que impulsó en 1956 el alcalde Antonio Cruz-Conde en la que pugnan decenas de patios para recibir los máximos galardones. Se trata de una fiesta “*sui generis*” en la que no es necesario el cante, el baile, el beber o el comer: es una fiesta en la que los sentidos se complacen con la contemplación de unas flores amorosamente cuidadas y en plena eclosión de su hermosura. Declarada de interés turístico en 1980, mereció el reconocimiento de Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad por la UNESCO en 2012.

¹⁵ Citado por SOLANO MÁRQUEZ, Francisco (2000): *Córdoba insólita*. Córdoba, p. 223.

El mayo cordobés alcanza su plenitud a finales del mes cuando la vida cotidiana cordobesa se traslada a la *feria*, primero en los terrenos de la Victoria y desde fines del siglo XX en el Arenal. El origen de las dos ferias que se celebraban en Córdoba -la de Pentecostés y el primer día de Cuaresma- se debe a un privilegio de Sancho IV de 1284, confirmado por los Reyes Católicos y ratificado por Felipe II. A partir del siglo XVII la celebración de Pentecostés acabó confundiendo con una romería en honor a la Virgen de la Salud y a principios del siglo XIX la feria se trasladó a las cercanías de la Puerta de Gallegos por su proximidad a la plaza de toros. La otra feria desapareció pero para que la ciudad no perdiera el privilegio de tener dos ferias se trasladó al mes de septiembre.

En el siglo XIX y principios del siglo XX la feria de mayo presentaba un aspecto muy diferente al actual. Tenemos un interesante testimonio de cómo era su formato y los festejos gracias a la feria que excepcionalmente se celebró en el mes de septiembre de 1862 con motivo de la visita que hizo a la ciudad Isabel II. El Real de la Feria se situaba en el Paseo de la Victoria donde se alzaban ciento treinta casetas colocadas en forma de herradura, cubiertas de lonas blancas y rojas e iluminadas profusamente. En el centro del recinto se alzaba la levantada por la Diputación Provincial que iban a ocupar los reyes. En ella la Reina contempló diversos bailes cordobeses, como la ancestral danza de las espadas conocida como el Patatús, y la quema de un castillo de fuegos artificiales.¹⁶

No cambió mucho el modelo de feria de principios del siglo XX. Una de las que más dio que hablar a los cordobeses fue la de 1910 porque unas intensas lluvias la dejaron pasada por agua. La prensa dio cuenta de cómo la mayoría de las casetas se instalaron en la parte derecha del Paseo de la Victoria: la de la Fábrica de Gas, la del Arma de Caballería, la de la Cámara de Comercio, la del Círculo de la Amistad y el kiosco de la música. En algunas de ellas o en pabellones especiales hubo exposiciones de maquinarias agrícolas. No podían faltar los espectáculos como salones de tiro al blanco, dos circos, galería de figuras de cera, carruseles y norias y buñolerías, amén de una fuente de colores iluminada en el cruce de la Victoria con Ronda de los Tejares. Fuera del Real estaba el mercado de ganado y los espectáculos taurinos y presencia de compañías de cómicos

¹⁶ GARCÍA PARODY, Manuel (2016): “Toros en la visita de Isabel II a Córdoba, 1862” en *Revista de Estudios taurinos* nº 39. Sevilla, pp. 13-44.

en el Gran Teatro y Teatro Circo junto a los tradicionales bailes del Círculo de la Amistad. Lo que también nos dice la prensa es el modo de divertirse de los cordobeses que, en vez de bailar sevillanas, se dejaban seducir por los bailes de moda: el vals, la polka, la mazurca, etc.¹⁷

La feria, ya establecida en mayo, se ha convertido en la gran fiesta de la ciudad. Poco a poco las casetas fueron adaptándose a las nuevas modas y, lo mismo que pasó con la Semana Santa, la imitación del modelo sevillano acabó imperando, sobre todo al producirse su traslado a los llanos del Arenal a fines del pasado siglo.

Las fiestas del verano

Los intensos calores de Córdoba paralizan a la ciudad lo largo de los meses estivales. En otros tiempos la vida cotidiana de Córdoba se limitaba a salir a la calle cuando las temperaturas lo permitían, a bañarse en los recintos reservados del Guadalquivir o a asistir a las verbenas de barrio que rompían la monotonía de aquellos meses de letargo. Cada barrio solía tener una, casi siempre para celebrar una determinada advocación mariana o algún santo patrón. Una de las más populares era la que se celebraba frente a la Virgen de los Faroles en el muro norte de nuestra Mezquita el 15 de agosto. Especialmente recordada fue la de 1928 porque en esta ocasión se inauguró el lienzo pintado por Julio Romero de Torres que sustituyó al que había en el mismo lugar desde el siglo XVIII, obra del pintor Pompeyo, y que desapareció en un incendio. A esta inauguración acudieron autoridades civiles y religiosas y cientos de cordobeses que no podían ir como hoy a las playas malagueñas o gaditanas y que solo podían mitigar el calor con el agua de los botijos de La Rambla o con la diversión en estas verbenas populares. El periodista Ricardo de Montis, con su peculiar perspicacia y gracejo, destacó en esta fiesta de agosto la presencia de “*una multitud de nenas que a los pollos peras y no peras ponían la carne de gallina*”.¹⁸

¹⁷ GARCÍA PARODY, Manuel (2015): *El siglo XX en Córdoba a través de sus noticias*. Sevilla, pp. 49-52.

¹⁸ *Ibidem*, p. 51.

Las fiestas otoñales y de invierno

El calendario festivo cordobés tenía otros hitos pasado el verano. El primero era la feria de septiembre, luego incorporada a la velada en honor a la Virgen de la Fuensanta, en la que la costumbre de beber el agua milagrosa de su pocito, contemplar el caimán, rezar ante la Virgen y tocar las curiosas campanillas de barro, daba pie a acudir a los espacios de diversión de esta celebración que era mayor que las verbenas de barrio y menor que la feria de mayo.

En el mes de octubre, el 24, los cordobeses acudían al templo de San Rafael para dar las gracias a los favores de su Santo Custodio. Después se desparramaban por la Sierra para iniciar la temporada de peroles, esa costumbre tan arraigada en la vida de los cordobeses en la que peñas y familias compiten para pasar un día de campo y presumir quién hace el mejor arroz. Antes eran solo los hombres los que cocinaban ese día mientras que las mujeres se dedicaban a charlar de sus cosas: por una vez el hombre quedaba supeditado a las féminas.

El ciclo festivo anual concluía con las celebraciones de la Navidad, Año Nuevo y Reyes. Eran fiestas que se desarrollaron durante largo tiempo en el ámbito estrictamente familiar o como mucho en los barrios, siendo los templos parroquiales donde se concentraban las familias para asistir a la Misa del Gallo o a contemplar los belenes. Eran fiestas ajenas al aire mercantilista y consumista que hoy las rodeas, sin apenas alumbrados ni reclamos de grandes almacenes y mucho menos sin las influencias foráneas del árbol de navidad o el Papá Noel. Ni siquiera la Nochevieja pasaba de ser una celebración reservada a muy pocos en los salones aristocráticos.

Desde 1925, las fiestas que arrancaban con la popular lotería el 22 de diciembre que cantaban los niños de San Ildedfonso y se cerraban con la llegada de los regalos de los Reyes Magos, contaron con un nuevo elemento: la cabalgata en la que Melchor, Gaspar y Baltasar recorrerían las calles de Córdoba para despertar la ilusión de los niños. Esta iniciativa, que ya se daba en otras poblaciones, se hizo realidad en Córdoba gracias a Carlos Romero, párroco de San Francisco vinculado a las Escuelas del Ave María, con el apoyo de un grupo de jóvenes entusiastas como Emiliano Costi Jordano, Francisco Diéguez Santos y su hermano Antonio, que representaron a Sus Majestades de Oriente, y conocidos cordobeses como Sebastián Barrios Rejano, Rafael Jiménez Amigo o José Diéguez

Fernández. Fue fundamental la colaboración del Ayuntamiento y de las bandas del Regimiento de Artillería Pesada y las Escuelas del Ave María. La cabalgata, que recorrió las principales calles del centro de la ciudad, mezcló la conmemoración religiosa -con la adoración de los Magos en la ermita de la Aurora-, el desfile de los participantes y sobre todo el reparto de caramelos y juguetes para los más humildes. Algo muy diferente al centelleo de lentejuelas, luces de bengalas multicolores y hasta la presencia de marcas comerciales de las cabalgatas de finales del siglo XX y de nuestros días.¹⁹

2.3.- Otras formas de divertirse de los cordobeses: los toros y el deporte

Córdoba ha sido históricamente uno de los grandes referentes de la historia de la tauromaquia, desde que en tiempos de los Reyes Católicos se celebrara entre sus murallas la primera corrida de toros conocida en homenaje del príncipe Juan, hijo de los Reyes Católicos que residieron en la ciudad durante la mayor parte de la guerra de Granada. Los grandes acontecimientos de Córdoba, como las proclamaciones y visitas de los Reyes e ilustres visitantes o la conmemoración de hechos decisivos de especial relevancia, daban pie a que se corrieran toros en los espacios abiertos que permitían la exhibición de jinetes y matadores de a pie. Generalmente era la plaza de la Corredera el escenario elegido aunque de modo provisional se levantaron cosos portátiles y de madera en el Campo de la Merced. El primero fue en 1774 y hay constancia de otros en 1789, 1810 y 1815, hasta quedar definitivamente instalado en dicho lugar entre 1827 y 1834.²⁰

Para la historia del toreo cordobés fue decisiva la fecha del 31 de mayo de 1846 cuando se empezó a utilizar una nueva plaza en los Tejares en unos festejos que se prolongaron dos días y que contaron con José León, Curro Cúchares y Antonio Luque Camará como lidiadores; la inauguración oficial se pospuso a las fechas de la feria de la Fuensanta el 8 de septiembre y en ella intervinieron El Chiclanero e Isidro Santiago Ba-

¹⁹ *Ibidem*, pp. 98-100.

²⁰ RAMÍREZ DE ARELLANO, Teodomiro (1985): *Paseos por Córdoba. Apuntes para su historia*. Córdoba, p. 358.

rragán. La primera plaza, construida con piedras y materiales del desamortizado convento de Capuchinos, sufrió un incendio el 15 de agosto de 1863. Un año antes había recibido en su palco de honor a la reina Isabel II que llegó tarde al festejo, lo cual no fue óbice de que el mismo empezara a su tiempo ya que la puntualidad de la entonces llamada Fiesta Nacional no podía ser interrumpida ni siquiera por la tardanza de los Reyes.

El 20 de enero de 1866 se reinauguró el coso de los Tejares con una corrida en la que intervinieron Manuel Fuentes “Bocanegra” y Rafael Molina “Lagartijo”.²¹ Desde entonces permaneció en pie hasta 1965 en que unos grandes almacenes ocuparon su solar. Aparte de las corridas con presencia de los reyes en 1862 -Isabel II-, 1877 -Alfonso XII- y Alfonso XIII -1904- la vieja plaza de toros de Córdoba fue escenario de hitos importantes como la muerte de una espectadora en 1874 cuando un toro salvó la barrera y llegó al tendido; el indulto del morlaco “Murciélago”, lidiado por “Lagartijo en una espectacular faena, un toro que sirvió como primer semental de la acreditada ganadería de Miura; numerosas alternativas y episodios trágicos como la muerte de “Manene” en diciembre de 1888. También la plaza de toros sirvió para otros acontecimientos como combates entre animales salvajes, espectáculos baloncestísticos como el de los Harlem Globetrotters, o de patinaje -Holiday on Ice-, combates de boxeo y lucha libre, cine, teatro, zarzuela, conciertos y hasta la celebración del primer Primero de Mayo en 1891.

En la vieja plaza de toros de los Tejares y en la mayor parte de los ruedos españoles los toreros cordobeses brillaron con luz propia en los siglos XIX y XX. Los más lejanos en el recuerdo fueron el aristócrata Rafael Pérez de Guzmán, muerto por unos bandidos en 1838, y José Dámaso Rodríguez “Pepete”, primera víctima mortal de la ganadería de Miura en 1862. Los grandes maestros cordobeses de la segunda mitad del siglo XIX fueron Rafael Molina “Lagartijo” y Rafael Guerra “Guerrita”, los dos primeros califas del toreo: el primero llenó toda una época con su rivalidad en los ruedos con “Frascuero” y el segundo fue uno de los matadores más completos de todos los tiempos. Compartieron fama y cartel con ellos otros toreros cordobeses como Manuel Fuentes “Bocanegra”, “Torerito” y “Conejito”. Ya en las primeras décadas del siglo XX la tau-

²¹ MONTIS, Ricardo de: *Op. cit.*, pp. 24 y ss.

romaquia cordobesa volvió a brillar con Rafael González “Machaquito” que algunos colocan como nuevo califa y que compitió a nivel nacional con Ricardo Torres “Bombita”. De su época son también “Bebé Chico”, “Manolete” (padre), José Flores Camará, “Serranito”, “Palmeño”, “Corchaito” y “Zurito”, junto al gran renovador del rejoneo, Antonio Cañero.

La figura de Manuel Rodríguez “Manolete” llenó toda una época del toreo, sobre todo en los años de la posguerra y fue el dueño y señor del planeta taurino hasta su trágica muerte en 1947. Después del gran califa del toreo hubo unos cuantos nombres de cordobeses en los carteles de las principales ferias como José María Martorell y “Calerito”, pero la gran figura de los años sesenta fue Manuel Benítez “El Cordobés” que revolucionó una fiesta que se hallaba en horas bajas. Con él destacaron, aunque a un nivel menor en cuanto a trascendencia, José María Montilla, “Zurito”, “El Puri” o “El Pireo”.

Conforme el espectáculo de los toros iba decayendo y cambiaban los gustos de las gentes, el deporte ganó terreno en la afición de los cordobeses como del resto de los españoles. Y dentro del deporte el fútbol -o balompié como al principio de le llamaba- acabó por imponerse ante el desconsuelo de los amantes de la llamada Fiesta Nacional. Los primeros partidos de fútbol con una cierta presencia de espectadores se celebraron en el Estadio América, cerca de los cuarteles de La Victoria, donde se llagaban a reunir unas 5.000 personas. Después de la guerra surgieron una serie de equipos como el Club Deportivo Córdoba -antiguo Racing- o el Club Deportivo San Álvaro que se fundieron en 1954 para constituir el Córdoba Club de Fútbol. El estadio de San Álvaro en el Campo de la Verdad y el flamante Estadio del Arcángel albergaron los pasos deportivos de estas entidades. El equipo refundido pasó rápidamente de la Tercera a la Segunda División y logró el ascenso a Primera en 1962. Durante unas pocas temporadas pasaron por el Arcángel los más célebres equipos y jugadores de la Liga nacional y la ciudad vivió con intensidad el deporte rey, intensidad que decayó cuando el equipo representativo de la ciudad descendió a la llamada División de Plata.

El fútbol dominó casi de manera exclusiva la afición al deporte. Pero hubo otras manifestaciones que también animaron la vida de los cordobeses, como las competiciones ciclistas de las que fue pionera la primera Vuelta Ciclista a la provincia en 1941. En todo caso, aunque Córdoba apenas brilló en el panorama deportivo nacional, sus habitantes, sobre

todo los más jóvenes, sintieron la emoción de las competiciones primero con la radio -donde un cordobés llamado Matías Prats cantaba los goles como nadie en Radio Nacional de España, sobre todo el que marcara Telmo “Zarra” en Maracaná en el verano de 1950- y luego con la televisión. Con el tiempo y las recomendaciones de una vida más saludable, el deporte dejó de ser solo un espectáculo para su contemplación pasiva y convertirse en una práctica habitual. Hoy miles de cordobeses llenan muchos espacios de la ciudad para demostrar que el deporte es algo que está al alcance de todos, no solo de los atletas.

2.4.- Los acontecimientos locales

La verdadera historia de una comunidad, eso que Unamuno llamó la intrahistoria, está llena de numerosos acontecimientos que, sin tener una especial trascendencia, nos extenderíamos “ad infinitum” si solo enumerásemos aquellos acontecimientos de calado local vividos en las dos últimas centurias y que se sintieron intensamente en la ciudad.

Del siglo XIX solo haremos referencia a un suceso que quedó grabado para siempre, sin buscarlo su protagonista, en la vida cordobesa. A principios de la centuria vivía en la ciudad un francés llamado Louis o André Pegau -o Pegó por su transcripción fonética-, un hombre ilustrado y que parece ser que también fue el fundador del Liceo Francés de Córdoba. Según se cuenta quiso mostrar a sus vecinos que era posible elevar a un hombre desde el suelo en una barquilla unida a un globo aerostático, algo que ya habían hecho posible los hermanos Montgolfier en 1783 en París ante la Corte de Luis XVI y 400.000 espectadores. Monsieur Pegau convocó a los cordobeses a una demostración similar, según unos en el Campo de la Merced y según otros en el Arenal. Parece ser que hubo una afluencia masiva de curiosos que asistieron expectantes a los preparativos previos a la subida del globo. Pero cuando llegó el momento en que éste tuvo que elevarse los astros se conjuraron en contra de monsieur Pegau y el aerostato apenas subió unos palmos. Aquello provocó la rechifla general y los cordobeses empezaron a calificar como “cosas de mesié Pegó” todo aquello que oliese a bobada o tontería. De “mesié Pegau” se pasó más sencillamente a denominar como “pego” a este tipo de cosas, derivándose de esta palabra las de pegoso, pegosería o “pegolete”. Así fue como un acontecimiento de eso que podríamos llamar la intrahistoria sirvió para incorporar al vocabulario cordobés una de sus palabras más

singulares: el pego. Porque, ¿quién nacido o afincado en estos lares no la ha pronunciado, lo mismo que sus derivados?

En cuanto al siglo XX han sido muchos esos acontecimientos de relevancia local que estuvieron en el transcurrir de la vida cotidiana de los barrios cordobeses. Algunos de ellos fueron episodios trágicos, como las calamidades de 1905 y 1916 que provocaron una espantosa hambruna en la ciudad por inclemencias meteorológicas y como frutos del injusto reparto de la riqueza; la tragedia ferroviaria de Los Pradillos de 1920 que mostró la inseguridad que se vivía en el transporte por los abusos de las compañías que explotaban las líneas férreas; los crímenes de la calle San Pablo (1943) o el calificado como satánico de 1987; la caída de un autobús de AUCORSA al río en 1964; la quema de la iglesia de La Merced en 1978 o las muertes de dos mujeres policías y de un sargento del Ejército en 1996, episodio este último en que el zarpazo criminal de ETA llegó hasta nuestra ciudad.

La mayor parte de los episodios de impacto popular tuvieron un carácter más amable. Por mencionar algunos de ellos citaremos la llegada de los Coros Clavé en 1902, un eclipse de sol en 1905, la contemplación del cometa Halley en los cielos cordobeses en 1910, el descubrimiento casual de un tesoro árabe en las obras del Murallón en el verano de 1914 que provocó un episodio que recuerda al famoso tanguillo de “los duros antiguos de Caí”, la presencia de los primeros autobuses urbanos en 1922, la iluminación del cielo con una aurora boreal en 1938, que algunos creyeron que era un reflejo de la terrible guerra que se vivía en España, el homenaje a Ramón Medina en 1955, la sentida despedida de los cordobeses a su obispo Fray Albino en 1958, la instalación del reloj de las Tendillas con sus inconfundibles rasgueos de guitarra, el triunfo de la comparsa de los Escocios en el festival de Cádiz de 1967 que dio origen hasta una tapa de la gastronomía cordobesa, la aparición en las calles cordobesas de unas mujeres policías, por primera vez en España, en 1970, actuaciones de espectáculos callejeros como el de los Bordini en la plaza de las Tendillas en 1982, el terror que inundó los jardines de la Agricultura en 1986 cuando se rumoreó que por ellos campaba una espantosa serpiente, la serpiente de los patos, o la inauguración de una nueva estación y la fusión de las dos Cajas de Ahorros de Córdoba en 1994.

3.- ¿CÓMO ERAN LOS CORDOBESES EN LOS SIGLOS XIX Y XX?

Para terminar esta aproximación a la vida de los barrios cordobeses en las últimas centurias, que es lo mismo que la vida cotidiana de los cordobeses, hay que señalar cómo eran aquellos hombres y mujeres que vivieron su día a día en la ciudad.

3.1.- Los cordobeses vistos por los viajeros del siglo XIX

Los viajeros extranjeros que visitaron Córdoba en el siglo XIX, sobre todo los franceses, dejaron escritas sus percepciones sobre una ciudad que les atraía por la cantidad de culturas que habían conformado su personalidad y sobre sus habitantes. Respecto a lo primero hay absoluta unanimidad en ponderar la singularidad de su monumento más emblemático, la Mezquita, y la dejadez y miseria de sus calles, no por ellas exentas de atractivos. En cuanto a los cordobeses de entonces hemos seleccionado unas cuantas opiniones de aquellos viajeros:

El poeta, dramaturgo, novelista y periodista Pierre Jules Théophile Gautier describió a los cordobeses como unos *“campesinos con sombreros de forma cónica y vestidos con sus capas de lana parda cayendo por delante y por detrás como una capa de sacerdote y colocada pasando la cabeza por un agujero abierto en medio de la tela”*.

Lheureux comentó de esta manera tan plástica cómo era la vida cotidiana que contempló en Córdoba: *“Numerosas sartenes de freír reciben a su vez carnes, pescados y legumbres, y extienden por el aire un vapor que os destroza la garganta. Sin embargo, es allí donde se reúnen los ciudadanos de Córdoba, quienes, hacia la tarde, vienen a comentar las noticias del día; hay que verlos en grupos de cinco o seis, de pie, inmóviles, con el abrigo oscuro al hombro, el sombrero puntiagudo sobre la cabeza, fumando el cigarrillo, y hablando por turno con gravedad”*. Para él la mayoría de los cordobeses eran *“pobres y tanto más orgullosos; todos, excesivamente tristes y silenciosos, viven en esta ciudad perezosa donde el ruido de los trabajadores raramente se deja oír. El obispo distribuye cada día nueve mil cuarterones de pan a otros tantos individuos, y como la distribución tiene lugar un día para los hombres y otro para las mujeres, podemos evaluar el número de pobres en dieciocho mil; es*

verdad que los campos circundantes proveen a muchos y que la cosecha este año ha sido muy mala".

Un incansable viajero que recorrió buena parte de Europa, Astolphe-Louis-Leónor, marqués de Custine, vio a los cordobeses *"árabes bautizados"* para quienes *"las mujeres se muestran menos en público y viven más separadas de los hombres que en el resto de Europa, reclusión que... duplica el efecto de sus encantos y de sus coqueterías. Las ventanas de sus casas están enrejadas, así como los balcones... están emparrados... Aquí las mujeres son seres raros, objetos preciosos guardados como el tesoro de un avaro"*. Este mismo autor, refleja en 1838 el miedo existente entre los habitantes de la ciudad: *"No hace más que veinte años, pasaba por estar habitada por una nobleza rica y alegre, a la que le agradaba ostentar toda clase de lujo. Hoy, cada uno vive encerrado en su casa: las tertulias se reducen al más pequeño círculo de familia; se huye de los amigos, se teme incluso a los padres; cada uno teme ser llamado a responder de otro; se desearía vivir sólo y se acabará matándose de miedo a comprometerse"*.

Albert Robida, que además de escritor y periodista era un excelente dibujante y caricaturista, describió cómo eran las mujeres cordobesas de finales del siglo XIX: *"Normalmente van ataviadas con vestidos claros estampados con colores alegres, con pequeñas pañoletas de un tono vivo entreabiertas sobre el pecho, y este conjunto de adorno destaca con el brillo de la piel, suaviza y armoniza el lustre de los mármoles, hace vibrar el negro de los cabellos y el destello de las flores; añade a eso las poses ágiles, llenas de gracia, pero también de energía, de las manos y de los pies de las españolas, mezcla de la raza árabe y de la raza ibérica... Eso os recuerda la escuela árabe de Delacroix o las pinturas de Decamps"*.

3.2.- Los bailes y las costumbres populares

También fueron objeto de la atención de los viajeros franceses:

Flat observó con asombro las procesiones alrededor de la Mezquita con esa mezcla de lo árabe y de lo cristiano: *"Hoy es Viernes Santo: procesiones dan la vuelta a la Mezquita, precisamente por la parte que sigue siendo completamente musulmana y que no fue tocada. ¡Cosa singular y desconcertante que esta pompa católica, estos niños de coro con vestidos*

rojos, estos sacerdotes con resplandecientes casullas que llevan la hostia cristiana en medio de este decorado exclusivamente morisco! Alrededor, la muchedumbre se abalanza a su paso y se inclina bajo sus bendiciones. Las creencias de otros tiempos no eran indudablemente más groseras, al menos en el alma del pueblo, y no sé por mi parte si no prefiero, al cristiano de nuestros días, el musulmán que se vuelve hacia la Meca salmodiando sus oraciones: por lo demás, no veo que entre ellos haya grandes diferencias".

El marqués de Custine tuvo ocasión de presenciar en la plaza principal un baile del bolero, en el que intervenían los mismos danzantes que aquella misma mañana participaron en la procesión de la Cruz de Mayo: *"Los danzantes que hoy he visto eran las mismas personas que esta mañana llevaban las insignias en la procesión de la Santa Cruz del mes de mayo, fiesta que yo no conocía. He observado que estos danzantes ejecutaban movimientos vivos pero sin gracia; se acompañan con castañuelas saltando al sonido de una monótona música. Mucha gente estaba reunida en la plaza para asistir a aquel espectáculo verdaderamente español. Vi allí a varios sacerdotes. El sistema religioso se acomoda aquí perfectamente con la mezcla de las cosas consideradas profanas entre nosotros y de las cosas sagradas".*

También Belloc describió otro baile de bolero en la Sierra, ejecutado por gitanos: *"Los músicos acuden y, a los primeros toques de guitarra, castañuelas responden entre la troupe. Avanza una gitana, después una segunda, una tercera y vienen hasta seis que se ponen a bailar con su traje de llamativos colores. La más bella, una jovencita alta, de paso indolente, tenía unos grandes ojos negros aterciopelados, de mirada melancólica".*²²

A principios del siglo XX no habían cambiado la fisonomía de la ciudad y los rasgos de quienes la poblaban. Pero ya por los años veinte se empezaron a sentir cambios importantes. Fue entonces cuando comenzó a ser cotidiana la presencia de automóviles por las calles en que podían

²² AGUAYO EGIDO, Francisco (2007): "Viajeros franceses en la Córdoba del siglo XIX", en *BRAC* n° 152, pp. 277-274. El mismo autor ha incluido todos los relatos de los viajeros franceses en *Córdoba en los viajeros francófonos del siglo XIX*. Córdoba, 2018.

circular aquellos artefactos, y con ellos los anuncios de hermosos vehículos de hasta cuatro velocidades, garajes para guardarlos y talleres de reparaciones para cuando fuere menester. Era el signo de los nuevos tiempos, de unos “años felices” a los que no fueron ajenos las radios de galena, deportes más o menos exóticos como el tenis, los vaporosos y atrevidos trajes de las mujeres o los frenéticos movimientos del baile del charlestón.²³

El aire de libertad y de laicismo que trajo a España la Segunda República se truncó trágicamente con la guerra civil. Concluida ésta, la vida en los barrios cordobeses cambió de forma radical. Las normas de conductas de sus gentes vinieron conformadas bajo la inspiración del nacional catolicismo que imponía desde la más estricta moralidad de acuerdo con sus principios hasta una fuerte presencia de lo religioso en la vida cotidiana. Para la gente de los barrios de Córdoba era frecuente la celebración de la llegada de veneradas reliquias, de las misiones populares para atraer a las almas descarriadas al buen camino, la quema de libros peligrosos, procesiones de imágenes veneradas o la supresión de espectáculos en los días centrales de la Semana Santa, cuando las emisoras de radio solo emitían música sacra y en los cines únicamente se proyectaban películas religiosas o de romanos, etc. Junto con la obsesiva presencia del catolicismo en las calles estaba la exaltación del régimen franquista en sus fiestas más celebradas, sobre todo el primero de abril, el dieciocho de julio y el uno de octubre, y en días señalados como el del “estudiante caído” -por la muerte del falangista madrileño Matías Montero- o el “día del dolor” -para conmemorar el fusilamiento de José Antonio Primo de Rivera-. Esos días las centurias del Frente de Juventudes desfilaban marcialmente por las calles de Córdoba y las autoridades colocaban las cinco rosas simbólicas del Cara al Sol en el monumento a los caídos del bando franquista.

El fin de la autarquía y los nuevos tiempos marcados por la leve apertura del franquismo al exterior hizo que desaparecieran muchos de los símbolos de la etapa inicial del régimen: los uniformes con correaes guerreros, camisas azules y boinas rojas cedieron el paso a las camisas blancas y corbatas de seda de los nuevos dirigentes que en vez de términos como “revolución pendiente” o “por el Imperio hacia Dios” utilizaban

²³ GARCÍA PARODY, Manuel, *op. cit.*, p. 117.

una nueva verborrea con un lenguaje tecnocrático que muy pocos entendían. La vida iba cambiando en España aunque las esencias de la dictadura franquista permanecieran vivas, una dictadura que sin empachos se empezaba a denominar “democracia orgánica” en ese curioso metalenguaje de la época. Una nueva España se empezaba a sentir desde los pasados años sesenta en los barrios y las calles de Córdoba con la presencia de unos turistas que traían algo más que unas costumbres más liberales y unas ropas más ligeras, o la llegada de quienes regresaban de unas forzadas emigraciones que, además de sus coches y monedas extranjeras, contaban a sus vecinos cómo era la vida en ese Mercado Común que aquí se veía muy lejano. O con la música de los Beatles y los primeros conjuntos rock sustituyendo al pasodoble o a las canciones folclóricas. O con la minifalda y los vaqueros marcando nuevas señas de identidad de una juventud cada vez más contestaría y rebelde.

Poco a poco la vida en las calles y los barrios de Córdoba se fue alejando más de los tópicos narrados por los viajeros románticos del siglo XIX y de las pautas encorsetadas de un nacional catolicismo, aunque aún hubieran de necesitarse varios años para que los cambios económicos y sociales iniciados en los sesenta y las nuevas mentalidades trajeran el cambio político necesario para conformar la realidad del siglo XXI.

4.- Punto y final

En esta intervención hemos hecho un recorrido sobre el devenir de los barrios y de las gentes de Córdoba en las dos últimas centurias. Para ello se ha intentado analizar cómo influyeron en la vida cordobesa aquellos acontecimientos que se escriben con letras mayúsculas en el gran libro de la Historia. Pero hemos ido más allá con el propósito de profundizar en la historia de lo cotidiano, en la microhistoria, en la intrahistoria de Unamuno. Porque la Historia no está conformada solo con los grandes hechos, aquellos que grandilocuenteemente llamamos hechos históricos, sino por este devenir del día a día que constituye su verdadera realidad. Y siempre con lo que debe ser el gran objetivo de la Historia: saber lo que pasó para comprender mejor la realidad del presente y hacernos capaces de preparar un futuro que suponga un progreso y no una marcha atrás.

Ante esta situación los musulmanes, refugiados en la Madina, desde donde hostigaban continuamente con saetas y piedras a los asaltantes de la Ajarquía, amparados en su nivel superior y protegidos por la muralla y un ancho foso, solicitaron el auxilio de Ibn Hud. Por su parte, los cristianos, que retrocedieron en tres ocasiones, decidieron enviar mensajeros en solicitud de ayuda al monarca Fernando III y a varios caballeros que se encontraban en la frontera, que fueron los primeros en llegar, mientras que el rey lo haría el siete de febrero. A partir de este momento comenzaría un asedio que duraría hasta el mes de junio, momento en que los musulmanes cordobeses, perdida toda esperanza de poder retener la ciudad, la entregaron el 29 de dicho mes mediante pacto a Fernando III, que solo respetaría la vida y libertad de sus habitantes.

ESCOBAR CAMACHO, José Manuel, “Vivir en la Córdoba bajomedieval (siglos XIII-XV)”, en *De las collaciones bajomedievales cristianas a los barrios actuales*. Córdoba, 2019, pp. 30-31.

